

su firma únicamente porque tenía miedo de que le fueran a quitar sus hijos. No sabemos si firmaría o no, porque de ninguna manera quisimos tomar cartas en el asunto por motivos cuya exposición sobra, pero el caso no deja de ser sugestivo.

Carta al Director de «El Siglo»

Señor Director del Siglo

Bogotá

En el número 74 de ese periódico de fecha 27 de septiembre pasado he leído una correspondencia dirigida de esta ciudad en la que algún gratuito malqueriente que no ha tenido el valor suficiente para asumir la responsabilidad de sus actos, ensaya un ataque contra el señor Intendente Doctor Alfonso Rincón y contra el suscrito en su carácter de Secretario General, ensayo tan desagradado que por sí mismo está haciendo juzgar al público sensato que quién lo hace probablemente no está en el completo uso de sus facultades mentales, cuando se atreve a dar publicidad a tantas ridiculeces, dándole el carácter de cargos.

Empieza la formidable carga contra el señor Doctor Rincón fíldándolo de abúlico y falto de iniciativas sin caer en la cuenta el articulista que el público tiene que recibir esto con una solemne cargada porque está enterado de que esta Intendencia no cuenta con un solo centavo para atender a la iniciación de obras de progreso y que el Gobierno Nacional suministra hasta para los útiles de escritorio de las oficinas públicas y el pago de la Policía urbana que presta el servicio en todos los Municipios, sin que este hecho se deba a abulia de los gobernantes sino a la pobreza de la región. ¿Habrá juicio y hon-

fuego y lo mataron. Otro vecino llamado Leboeuf, que había sido su compañero de cautiverio, murió en Creil al cabo de algunos días, a consecuencia de una herida recibida en la marcha.

Todo esto la gente de Creil no lo olvida. Ni lo olvida, ni lo olvidará nunca. Pero a pesar de su luto, la ciudad ha recobrado su animación, su sonrisa, su espíritu festivo, su confianza en el futuro, su orgullo del presente, su dulzor de vivir, en fin.

—Es la fuerza de nuestro país a través de los siglos, dice nuestro guía oyéndome contar esta virtud de la Francia pródiga.

Luego murmuró:

—Lo malo es que los extranjeros no conocen sino las fiebres de París, de Niza, de Biarritz, de lo menos francés....

Es cierto. Para darse cuenta de lo que constituye el verdadero carácter

Aviso al público

que he abierto mi almacén en la calle principal de esta ciudad, en donde realizo un gran surtido de cigarros, cigarrillos, esmeraldas, jabón, &c.

COMPRO. — Aceite de ceje, copaiba, pieles finas, arroz.
¡ Los mejores precios !

TULIO BURGOS

raz de en quién fórmula esta clase de cargos ante un pueblo conocedor de las circunstancias ?

En lo que a mi persona atañe le duele al anónimo corresponsal que yo haya percibido mis sueldos como empleado público durante los tres años transcurridos en que los sucesivos Intendentes General Jacinto Rodríguez, Doctores Timoteo Mora, Roberto Caycedo y Alfonso Rincón estimaron correcta mi actuación en el empleo que desempeño, pues de lo contrario no me hubieran honrado con su confianza; y se manifiesta alarmado por las cantidades fabulosas que líquido de intereses usurarios, según mi oficioso censor. Aun cuando esto solo merece contestarse con una sonrisa de desprecio, porque solo es un brote de odio imposible de acallarse por quién se siente poseído del pesar del bien ajeno, no es por demás hacer presente que atribuye la usurería quizá al hecho de haber facilitado algunas pequeñas sumas de dinero a los amigos, quienes sin duda tienen que estar agradecidos por el servicio prestado desde luego que el suscrito no es persona acaudalada; y dificultarse en este lugar la consecución de dinero.

El sueltista hace alusión a abusos y tropelías cometidos por mí en la Administración de Hacienda del Territorio, pero no señala cómo era su deber indeclinable los hechos concretos para demostrar sus aseveraciones. Si en la diligencia de visita practicada por mí con el carácter

de este pueblo fuerte, paciente y sonriente, hay que penetrar en la existencia modesta de sus "petites villes," que continúan cultivando sus antiguas tradiciones en un cuadro de viejas tapias, de viejas torres y de viejos jardines. Hay, en primer lugar, en este carácter, un sentimiento exquisito de la cortesía, de la medida, de la amabilidad. Los campesinos mismos, en la Isla de Francia, conservan algo de aquellas "bonnes facons" que tanto enternece a Juan Jacobo en la época de sus pastorales filosofías. El jardinero se acerca como siempre con el sombrero en la mano, como en las estampas desteñidas de Emilio, no sólo cuando dirige la palabra a su amo, sino cuando tiene que responder a cualquiera que lo interroga. La hostelera sale hasta la puerta a acompañar al parroquiano que se marcha. La muchacha que recibe un pipopo, lo paga con una sonrisa. El

de Intendente interino en los días 26 y 27 de agosto último en las oficinas de la Administración ocurrió algún incidente desagradable no se debió, como se afirma, al empleado visitante, el cual precisamente fué quien recibió los ultrajes que allí se profririeron por personas obligadas en razón de las circunstancias a conservar la dignidad y el respeto al puesto que desempeñaban. Estos desacatos a la primera autoridad política en el ejercicio de sus funciones fueron denunciados oportunamente por la prensa local y dieron origen al correspondiente sumario que se adelanta en el Juzgado del Circuito según lo dispuesto por el artículo 65 de la ley 100 de 1890, en el cual seguramente aparezo como ofendido.

Con tranquilidad aguardo la segunda comunicación del señor Corresponsal en que promete dar cuenta de desagradables incidentes promovidos por mí al Doctor Manuel Gallego, Jefe de la Gendarmería, con quien siempre he cultivado cordiales relaciones sin que hasta el presente ellas hayan sido interrumpidas, como el mismo Doctor Gallego lo puede manifestar; y de atropellos y persecuciones políticas de que he hecho víctima a los liberales de la región a quienes siempre he procurado tratar con la imparcialidad y la hidalguía exigidas en el delicado cargo que desempeño.

Por educación, por temperamento, he sido ajeno a imponer mi voluntad sobre los demás, pues siempre

campesino que se encuentra con alguien en el sendero, lo saluda. El burgués que se ve precisado a preguntar por un camino, pide perdón primero, luego da las gracias y se inclina. Y es que la más elemental de las virtudes francesas es la cortesía innata, instintiva, hecha, no de halagar, sino de la voluntad de gustar; una cortesía que es una coquetería, que tiene algo de voluptuoso, que se complace en sí misma, y que hace de las relaciones sociales, por humildes que sean, un comercio agradable. "Es el pueblo más sociable del mundo," dice Kipling. Sin duda, y a un inglés esto lo sorprende. Es el pueblo más sociable, porque es el que mejor ha comprendido lo grato que resulta ofrecer una flor para recibir una flor en recompensa. Además, es el pueblo más optimista, más confiado, más ingenuo en sus relaciones. Oír hablar a la gente del pueblo, y